

¡Pero si hay diferencia!

Era el mes de mayo; el aire era aún bastante frío, pero todo en la naturaleza —los arbustos, los árboles, los campos y los prados— hablaba de la llegada de la primavera. Los prados estaban salpicados de flores: también florecían las de los setos vivos; y justo al lado lucía la personificación misma de la primavera: un pequeño manzano cubierto enteramente de flores. Especialmente hermosa era una de sus ramas, joven, fresca, toda cubierta de delicados capullos rosados a medio abrir. Ella misma sabía lo hermosa que era; la conciencia de su belleza estaba en su savia. Por eso la ramita no se sorprendió en absoluto cuando un carruaje que pasaba por el camino se detuvo justo frente al manzano y la joven condesa dijo que difícilmente podría encontrarse otra ramita más encantadora, que era la encarnación viva de la joven belleza de la primavera. Arrancaron la ramita; la condesa la tomó entre sus delicados dedos y la llevó cuidadosamente a casa, protegiéndola del sol con una sombrilla de seda. Al llegar al castillo, llevaron la ramita por estancias altas y lujosamente adornadas. En las ventanas abiertas ondeaban cortinas blancas; en jarrones brillantes y transparentes había ramos de flores maravillosas. En uno de esos jarrones, como modelado en nieve recién caída, colocaron también la rama de manzano, rodeándola de frescas ramas de haya de color verde claro. ¡Qué encanto, qué hermoso era!

La ramita se envaneció, ¿y qué? ¡Esto era, después de todo, lo natural!

Por la habitación pasaba mucha gente diversa; cada visitante osaba expresar su opinión solo en la medida en que se le reconocía a él mismo cierta importancia. Y así, algunos no decían nada en absoluto, mientras que otros hablaban demasiado; la ramita comprendió que también entre los hombres, como entre las plantas, hay diferencias.

«Unos sirven para la belleza, otros solo para la utilidad, y de los terceros bien puede prescindirse», pensaba la ramita.

La colocaron justo frente a una ventana abierta, desde donde podía ver el jardín y el campo, de modo que pudo contemplar a su gusto las distintas flores y plantas y reflexionar sobre la diferencia entre ellas; allí había muchas de todas clases —lujosas y simples, incluso demasiado simples.

—¡Pobres plantas rechazadas! —dijo la ramita—. ¡Realmente hay una gran diferencia entre nosotros! ¡Cuán desgraciadas deben sentirse, si es que son

capaces de sentir algo, como yo y otras como yo! Sí, hay una gran diferencia entre nosotros. Pero así debe ser, ¡de otro modo todos serían iguales!

Y la ramita miraba las flores silvestres con cierta compasión; especialmente lamentable le parecía un tipo de flores que abundaban por todos los campos e incluso por las cunetas. Nadie las recogía en ramos: eran demasiado simples, ordinarias; podían encontrarse incluso entre las piedras del empedrado, brotaban por todas partes como la hierba más vulgar. Y su nombre era además horripilante: «teteras del diablo» (nombre danés de los dientes de león. —N. del T.). —¡Pobre planta despreciada! —dijo la ramita—. No tienes culpa de pertenecer a tal especie ni de tener un nombre tan feo. Pero también entre las plantas, como entre los hombres, debe haber diferencia.

—¿Diferencia? —respondió el rayo de sol, y besó la florida ramita, pero también besó las amarillas «teteras del diablo» que crecían en el campo; otros hermanos suyos —los rayos solares— besaban igualmente las pobres florecillas junto con las más espléndidas.

La rama de manzano nunca había reflexionado sobre el infinito amor del Señor hacia todo lo viviente en la tierra, nunca había pensado cuánta belleza y bondad pueden estar ocultas en cada creación divina, ocultas pero no olvidadas. Nada de esto se le ocurrió jamás, ¿y qué? Propiamente hablando, ¡esto era lo natural! El rayo de sol, el rayo de luz, entendía mejor las cosas.

—¡Cuán corta de vista eres, cuán ciega! —le dijo a la ramita—. ¿Qué planta rechazada es esa que tanto lamentas?

—¡Las teteras del diablo! —respondió la ramita—. Nunca hacen ramos con ellas, las pisotean: ¡hay demasiadas! Sus semillas vuelan sobre el camino como lana esquilada y se adhieren a la ropa de los transeúntes. ¡Hierba mala, y nada más! Pero alguien tiene que ser también hierba mala. ¡Ah, estoy tan agradecida al destino por no ser de su número!

Al campo salió una multitud de niños. Al más pequeño lo trajeron en brazos y lo sentaron sobre la hierba en medio de las flores amarillas. El pequeñuelo reía alegremente, jugaba, golpeaba la hierba con sus piecitos, daba volteretas, arrancaba las flores amarillas e incluso las besaba con la sencillez de un alma infantil inocente. Los niños mayores arrancaban las flores, doblaban los tallos huecos e insertaban un extremo dentro del otro; luego hacían con esos anillos separados largas guirnaldas y cadenas, y se adornaban con ellas el cuello, los hombros, la cintura, el pecho y la cabeza. ¡Qué magnificencia! Los mayores, en cambio, arrancaban cuidadosamente las plantas ya marchitas, coronadas con penachos plumosos, acercaban esas floraciones aéreas y lanosas —una especie de

milagro de la naturaleza— a la boca y trataban de soplar de una vez todo el vello. A quien lo lograra, le tocaría ropa nueva antes de Año Nuevo, así lo decía la abuela.

La flor despreciada resultaba ser en este caso un verdadero profeta.

—¿Ves? —preguntó el rayo de sol—. ¿Ves su belleza, su gran significado?

—Sí, ¡para los niños! —respondió la ramita.

También llegó al campo una anciana abuela y comenzó a excavar con un trozo romo de cuchillo las raíces de las flores amarillas. Algunas de esas raíces pensaba emplearlas para café, otras venderlas en la botica como medicina.

—¡La belleza está siempre muy por encima! —dijo la ramita—. ¡Solo los elegidos entrarán en el reino de lo bello! También hay diferencia entre las plantas, como entre los hombres.

El rayo de sol habló del infinito amor de Dios hacia toda criatura terrestre: todo lo dotado de vida tiene su parte en todo —en el tiempo y en la eternidad.

—Bueno, ¡eso solo lo piensas tú! —dijo la ramita.

Entraron personas en la habitación; entre ellas estaba la joven condesa que había colocado la ramita en un vaso transparente y hermoso, a través del cual se filtraba el sol. La condesa llevaba en las manos una flor, ¿qué otra cosa?, envuelta en grandes hojas verdes; la flor reposaba en ellas como en un estuche, protegida de la más leve brisa. Y la condesa la llevaba con tanto cuidado como nunca había llevado siquiera la delicada rama de manzano. Con precaución apartó las hojas verdes, y tras ellas asomó la corona aérea de la despreciada flor amarilla. Esa era la flor que la condesa había arrancado con tanto cuidado y llevaba tan protegida, para que el viento no pudiera desprender ni una sola de las plumitas más finas de su esfera velluda. La llevó intacta e ilesa, y no podía dejar de admirar la belleza, la transparencia, toda la construcción singular de esa flor milagrosa, cuya gracia entera duraba hasta el primer soplo de viento.

—¡Miren qué milagro ha creado el Señor Dios! —dijo la condesa—. La pintaré junto con la rama de manzano. Todos la admiran, pero por la gracia del Creador también esta pobre florecilla está dotada de no menor belleza. Por diferentes que sean, ambas son hijas de un mismo reino de lo bello.

Y el rayo de sol besó la pobre florecilla, y luego besó la florida ramita, y sus pétalos parecieron enrojecerse ligeramente.